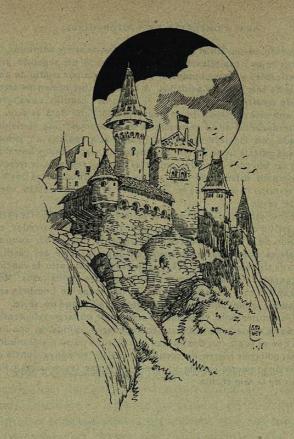
PRIMERA PARTE EL ABUELO



PRIMERA PARTE

EL ABUELO

La antigua galería de los retratos señoriales en el burgo de Heppenheff. Esta galería, que era circular, corría al rededor del gran torreón y comunicaba con el resto del castillo por cuatro grandes puertas, colocadas en los cuatro puntos cardinales. Al levantarse el telón se distingue una parte de esta galería, que da la vuelta y que se ve perderse tras el redondeado muro del torreón. A izquierda una de las cuatro grandes puertas. A derecha una puerta alta y espaciosa, comunicando con el interior del torreón y realzada sobre una escalera de tres peldaños. A su lado en el muro,

un portón enano. En el fondo un corredor de arcos redondos, de pilares bajos y capiteles bizarros, aguantando un segundo piso (practicable) y que comunica con la galería por medio de una escala de seis grandes peldaños. A través de los inmensos arcos de este claustro se ve el cielo y el resto del castillo, cuya torre más alta está coronada de un negro pendón que flota al aire. A izquierda, cerca de la gran puerta de dos hojas, una ventanita cerrada con vidriera de colores. Junto á la ventana un sillón. Toda la galería tiene un aire de desolación y abandono. Los muros y las bóvedas de piedra, sobre las que hay vestigios de frescos ya borrados, están mohosos y sucios por el rezumo de las lluvias. Los retratos suspendidos en las paredes de la galería están vueltos del revés.

En el momento de levantarse el telón, cae la tarde. La parte del castillo que se distingue por los arquitrabes del corredor, en el fondo de la escena, parece interiormente iluminada, aunque el cielo es claro todavía. Resuena en aquella parte del castillo ruido de trompetas y clarines, y, á intervalos, estrépito de canciones cantadas á toda voz entre el trincar sonoro de los vasos. Más cerca se oye roce de cadenas, como si una tropa de hombres encadenados se moviera por la parte del corredor que no se ve.

Una mujer, sola, vieja, medio oculta por un largo velo negro, vestida de un saco de tela gris hecho pedazos, ceñida de una cadena que se junta con dos anillas á su cintura y á su pie desnudo, con un collar de hierro en torno del cuello, se apoya contra el quicio de la puerta grande y parece escuchar las músicas y los cantos de la sala vecina.

ESCENA PRIMERA

GUANHUMARA, sola, escuchando

Canto de afuera

¡Si las queremos sencillas, hagámonos nuestras leyes! -¡Al diablo, todas las villas, y al diablo, todos los reyes!

El Burgrave crece tanto que su escolta es el terror: -¡Al diablo el Padre Santo, y al diablo el Emperador!

LOS BURGRAVES

Pasemos siniestras aves dejando la muerte en pos; -¡Al diablo el Diablo, burgraves; Burgraves, al diablo Dios!

(Trompetas y clarines.)

GUANHUMARA

Los principes están alegres. El festín dura todavía.

(Mira hacia el otro lado del teatro.)

Los cautivos, espoleados por el látigo, trabajan desde el alba.

(Escucha.)

Allí, el ruido de la orgía; aquí, el de las cadenas.

(Clava su mirada en la puerta del torreón, á la derecha.)

¡Y ahí, el Padre y el Abuelo, pensativos y cargados de años, contemplando la huella sombría de todo cuanto han hecho y meditando sobre su vida y su raza, consideran, lejos de las risas y de la orgía, sus crimenes todavía menos espantosos que sus hijos! En su prosperidad, hasta hoy no interrumpida, estos burgraves son grandes. Los marqueses de frontera, los condes soberanos, los duques, hijos de reyes godos, se bajan hasta ellos para ser sus iguales; el burgo lleno de trompetas, clarines, canciones y alaridos, se levanta inaccesible en medio de las nubes; por todas partes centinelas de ardientes ojos lo guardan, con la lanza en las manos y la espada en los dientes. Todo protege y defiende este inabordable antro. Pero... en un rincón del castillo, desconocida, vieja, triste, doblando las rodillas, con la cadena en el pie y el yugo infame en el cuello, arrastrando los harapos de su velo, os contempla una esclava. ¡Oh, príncipes, temblad!, porque esta esclava es el odio.

(Se retira al fondo de la escena y asciende por los peldaños al corredor. A la derecha, entra por la galería una tropa de esclavos encadenados, algunos atados dos á dos, y llevando en la mano instrumentos de trabajo, picos, azadas, martillos, etc. Guanhumara, apoyada en uno de los pilares del corredor, les contempla pensativa. Por las vestimentas sucias y rotas de los prisioneros, se distinguen aún sus antiguas profesiones.)





ESCENA SEGUNDA

LOS ESCLAVOS

KUNZ, TEUDON, HAQUIN, GONDICARIO, burgueses y comerciantes, barbas grises; JOSIO, antiguo soldado; HERMANN, CINULFO, CARLOS, estudiantes de la universidad de Bolonia y de la escuela de Maguncia; SUENON, comerciante de Lubeck.

Los prisioneros avanzan lentamente separados por grupos, los estudiantes con los estudiantes, los burgueses y los comerciantes juntos, el soldado solo. Los viejos parecen abrumados de fatiga y de dolor. Durante toda esta escena y las dos siguientes, continúan oyéndose, á intervalos, las músicas y los cantos de la sala vecina.

TEUDON

(Arrojando el instrumento que llevaba en la mano y sentándose sobre un peldaño, ante la doble puerta del torreón.)

¡Por fin ha llegado la hora del descanso! ¡Qué fatigado estoy!

KUNZ, agitando su cadena

¡Y pensar que yo era rico y libre!